



Luis de Borbón y Saboya, príncipe de Asturias. Jean Ranc (1723). Embajada de España en Londres, Inglaterra.

LUIS I: EL REY FUGAZ

JORGE ÁLVAREZ
PALOMINO

Una de las efemérides que pasarán más discretamente este año es el tricentenario del reinado de Luis I de España, sin duda el rey más desconocido de toda nuestra Historia. Las causas son fácilmente explicables, y es que Luis I, que accedió al trono con

la abdicación de su padre Felipe V en enero de 1724, reinó apenas ocho meses antes de morir prematuramente, obligando a su predecesor a retomar el trono. Es por esto que su reinado se ha considerado un fugaz paréntesis dentro del largo reinado de Felipe V y ha merecido poco más que una nota a pie de página en la historia de nuestro siglo

XVIII, siendo común incluso que se omita directamente en las listas de reyes. Sin embargo, aunque por su brevísima duración este reinado apenas dejó huella en España, las circunstancias que lo envolvieron no dejan de ser excepcionales.

El nacimiento de Luis parecía presagiar grandes acontecimientos. Vino al mundo en el

Palacio del Buen Retiro de Madrid un 25 de agosto de 1707, y su nacimiento fue celebrado con gran pompa porque se trataba del primer Borbón nacido en suelo español. Por entonces, se estaba disputando en toda su fiereza la Guerra de Sucesión Española, que a la muerte de Carlos II sin descendencia había dividido el reino entre los

partidarios de Felipe V de Borbón, apoyado por Francia, y los del Archiduque Carlos de Austria, respaldado por una coalición internacional liderada por el Sacro Imperio y Gran Bretaña. La fortuna pareció sonreír a los borbónicos en el año 1707: el 25 de abril de 1707 las tropas de Felipe V habían conseguido una decisiva victoria sobre los austracistas en Almansa y cuatro meses después, el nacimiento del primogénito y heredero en Madrid, el primer Príncipe de Asturias de la nueva dinastía, parecía asegurar el futuro de la Casa de Borbón. Que el niño viniese al mundo el 25 de agosto, día que se celebrara San Luis, patrón y protector de Francia, solo acrecentaba los presagios de gloria que los borbónicos veían en el nuevo príncipe.

Sin embargo, la infancia de Luis distó de ser dichosa. Sus primeros años de desarrollaron en una Corte marcada por la guerra, lo que descuidó su formación. Tímido de carácter y sin amigos más allá de su hermano pequeño, el futuro Fernando VI, con solo siete años sufrió un gran golpe con la muerte de su madre, la reina María Luisa de Saboya, y el segundo matrimonio de su padre con la dominante Isabel de Farnesio, lo que acentuó su soledad. El duque de Saint Simon hizo esta semblanza del Príncipe:

“Era esbelto, delgado, fino y delicado, pero sano, de hermosos cabellos rubios, de cara fea y con el tiempo se parecerá al rey de Cerdeña, su abuelo materno, Víctor Amadeo de Saboya; tira bien, ama la caza y el ejercicio corporal, y danza muy bien, pero le falta fuerza”.

En 1722 se acordó el matrimonio de Luis con Luisa Isabel de Orleans. El matrimonio buscaba reforzar la alianza de España con Francia, pues el padre de la novia, el duque de Orleans, era por entonces regente del país vecino dada la

minoría de edad de Luis XV. Los Orleans eran una rama menor de la Familia Real francesa, supeditada a los Borbón, y el duque era tío de Felipe V. Sin embargo, la relación entre ellos era pésima, hasta el punto de que entre 1718 y 1720 Orleans se alió con Inglaterra y

han diagnosticado como trastorno límite de la personalidad. Según los cronistas, se trataba de una mujer emocionalmente inestable, con comportamientos desagradables e incomprensibles, que iban desde la falta de higiene personal extrema hasta el pasear desnuda en pú-



Luisa Isabel de Orleans, reina de España. Jean Ranc (1724). Museo del Prado, Madrid.

Austria en contra de su sobrino en la Guerra de la Cuádruple Alianza, que se saldó con una sonora derrota española. Quizá para restablecer los lazos con Francia, Felipe V decidió establecer el enlace de su heredero con la hija del regente francés.

Luisa Isabela, sin embargo, se demostró como una pésima elección. La corte del regente de Francia era famosa por su escandalosa inmoralidad y no era de extrañar que la educación de las hijas no fuese muy esmerada. En el caso de Luisa Isabela, desde muy joven demostró un comportamiento rayano a la locura que algunos autores han explicado por su “orfandad emocional” y otros

blico o exponer sus partes íntimas a los cortesanos.

La relación del joven Luis con su mujer, como es comprensible, fue desastrosa. Cuando llegó a la Corte de Madrid, apenas tenían catorce años él y doce años ella, por lo que no se pudo consumir el matrimonio hasta dos años después. Sin embargo, el comportamiento infantil, excéntrico y desagradable de Luisa Isabel molestaba enormemente a su esposo, que escribió varias cartas a su padre lamentando la situación y pidiendo consejo sobre cómo tratarla. Si desdichado en lo personal, este matrimonio tampoco resultó útil en lo político,

porque en diciembre de 1723 murió el duque de Orleans, con lo que la influencia de Luisa Isabel para los lazos entre las Cortes de Madrid y Versalles se esfumó.

En enero de 1724, un sorprendente acontecimiento catapultó inesperadamente a los jovencísimos Luis y Luisa Isabel al trono. Contra todo pronóstico, Felipe V decidió abdicar la Corona en su hijo y retirarse a vivir al Palacio de la Granja de San Ildefonso. Que un rey que durante largos años había luchado denodadamente para hacerse con el trono de España abdicase repentinamente el mismo suscitó, tanto entonces como ahora, asombro y perplejidad. Los motivos que alegó Felipe V fueron religiosos, asegurando que dejaba el trono para retirarse a meditar sobre cómo servir mejor a Dios y salvar su alma. Gran parte de la historiografía considera que esto fue un mero pretexto, y que detrás de la abdicación lo que se escondía realmente era la ambición del rey de hacerse con el trono de Francia. Desaparecido su rival, el duque de Orleans, en Francia reinaba el joven Luis XV, pero en caso de que muriese, la línea volvería a Felipe V. El único impedimento era que por el Tratado de Utrecht (1714), las coronas de España y Francia no podían estar unidas en una misma persona. Por eso, según muchos historiadores, Felipe V entregó prematuramente el trono español a su hijo Luis para poder despejar una posible vuelta a Versalles.

Esta tesis, sin embargo, ha sido refutada por otros historiadores que muestran sus inconsistencias: Luis XV acababa precisamente de alcanzar la mayoría de edad en 1724 y su salud no se había alterado y es muy improbable pensar que Felipe V quisiese sacrificar la certeza del trono español ante una incierta posibilidad futura en Francia. La tesis religiosa no es descabellada si se tiene en cuenta el carácter del primer

Borbón, un hombre que sufría trastornos depresivos y que estaba marcado por una escrupulosa y casi obsesiva religiosidad. En Felipe V, la Corona no era tanto un privilegio como una responsabilidad divina. Su salud, física y mental, empeoraba por momentos y en 1717 había estado ya al borde de la muerte con un gravísimo episodio depresivo. No extrañan por tanto sus palabras en el decreto de abdicación:

“Habiendo considerado de cuatro años a esta parte con alguna particular reflexión y madurez las miserias de esta vida, por las enfermedades, guerras y turbulencias que Dios ha servido enviarme en los veinte y tres años de mi reinado, y considerando también que mi hijo primogénito Don Luis, Príncipe jurado de España, se halla en edad suficiente, ya casado y con capacidad, juicio y prendas bastantes para regir y gobernar con acierto y justicia esta Monarquía, he deliberado apartarme absolutamente del gobierno y manejo de ella, renunciándola con todos sus Estados, Reinos y Señoríos en el Príncipe Don Luis, mi hijo primogénito, y retirarme con la Reina, en quien he hallado un pronto ánimo y voluntad a acompañarme gustosa a este Palacio y Retiro de San Ildefonso, para servir a Dios, y desembarazado de estos cuidados pensar en la muerte y solicitar mi salud”.

El 10 de enero de 1724 Felipe V abdicó solemnemente y se retiró junto a Isabel de Farnesio a la Granja. El 15 de enero, en consecuencia, se proclamó al Príncipe de Asturias como Luis I de España, con solo dieciséis años. El nuevo monarca se estableció de forma fija en Madrid, para diferenciar su corte de la de los reyes eméritos en la Granja, y formó un gabinete de ministros escogido siguiendo los consejos de su padre. Aunque Luis I demostró buen carácter y afabilidad, por lo que fue querido y respetado por el pueblo y la corte, no exhibió grandes dotes de gobernante. Era todavía infantil, tímido y bastante perezoso, con mucha afición por la caza y el baile y muy poca por las tareas de política, que delegaba en sus ministros.

La nueva reina consorte, Luisa Isabel, seguía siendo un problema, pues su carácter excéntrico solo empeoraba. Comía desafortadamente sin ningún orden, lo que la hacía enfermar, y alternaba la falta de higiene con episodios de limpieza obsesiva de cristales o suelos, llegando a desvestirse para usar sus ropas como trapo de fregar. La “reina loca” se convirtió en un obstáculo tan grande que Luis I, desesperado y tras pedir consejo a su padre y su madrastra por carta, decidió encerrarla en el viejo Alcázar de los Austrias, aunque aquella medida tan drástica solo duró dieciséis días.

En el campo político, la

actividad del reinado fue casi nula por el poco interés del joven rey y por la brevedad del mismo. Desde Versalles se temió que la abdicación de Felipe V pudiese afectar a los lazos entre los países, aunque no fue el caso. Si se ha notado que los ministros y personas de confianza de Luis I eran casi exclusivamente españoles, lo que suponía una novedad frente a la gran presencia de extranjeros en la administración que había caracterizado hasta entonces el reinado de Felipe V, sobre todo franceses e italianos vinculados a Isabel de Farnesio.

Como sabemos, Luis I no viviría para reinar mucho tiempo. En el verano de 1724 el rey cayó enfermo y los médicos confirmaron que se trataba de viruela. Esta enfermedad, terriblemente contagiosa, era la mayor plaga de la época, pues mataba a una de cada tres personas contagiadas y dejaba desfigurados o incluso ciegos a los supervivientes. Hasta finales de la centuria, los médicos no descubrirían el remedio contra la viruela gracias a la vacuna, por lo que se consideraba incurable. Inicialmente los médicos que atendieron al monarca consideraron que le enfermedad era leve y que podría pasarla sin grandes secuelas, pero su estado empeoró rápidamente sin que pudiesen remediarlo. Para sorpresa de todos, la “reina loca” Luisa Isabel, cuya relación marital había sido siempre mala, insistió en cuidar personalmente

a su esposo, en contra de todas las advertencias que le hicieron sobre el riesgo de contagio. Fue ella la que permaneció al lado del joven Luis I sus últimos días, sin despegarse de la cama, al precio de contraer también la enfermedad, aunque en su caso pudo recuperarse y sobrevivir.

Luis I falleció el 31 de agosto de 1724, recién cumplidos los diecisiete años y habiendo reinado menos de ocho meses. Felipe V recibió la noticia en la Granja como un mazazo y se abrió entonces en España el debate sobre si jurídicamente la Corona debía volver al antiguo rey o pasar al hermano menor del fallecido, el príncipe don Fernando, todavía niño. Felipe V, siempre atento a sus deberes religiosos, reunió una Junta de Teólogos para dirimir la cuestión y finalmente se decidió que, por la corta edad de Fernando, la responsabilidad divina requería que el rey abandonase su retiro y recuperase el trono. Felipe V se convirtió así en el único rey que precedió y sucedió a su propio hijo.

La muerte de Luis I fue seguida con todo el ceremonial habitual de la Monarquía Española, y tras las exequias, se llevó el cuerpo al Monasterio de El Escorial para ser enterrado en el Panteón de Reyes. Allí descansa todavía, discretamente situado entre grandes nombres como Felipe II o Carlos III, el rey más breve de la historia de España.

BIBLIOGRAFÍA

Proclamación afectuosa, y leal, a la gloriosa, y heroyca resolución del señor D. Phelipe Quinto ... renunciando la corona de los dos mundos, que regia, en N. Rey, y Sr. D. Luis Primero, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1724.

Alfonso Danvila, *Luisa Isabel de Orleans y Luis I*, Librería de Fernando Fe, 1902.

Marcelo Luzzi Traficante, “La revitalización de la Casa de Castilla durante el reinado de Luis I”, en A. Gamba Gutiérrez y F. Labrador Arroyo, *La evolución y estructura de la Casa Real de Castilla*, 2010, pp. 495-612.

Joaquín Olmedilla y Puig, *Noticias históricas acerca de la última enfermedad del Rey de España Luis I*, Administración de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, 1909.

Pedro de Otero Romero y Torres, *Consulta sobre la renuncia de Felipe V al trono en su hijo Luis I*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1724.

Luis Núñez Boluda, *Luis I, un reinado breve y un debate constitucional* (Tesis doctoral), Universidad Complutense de Madrid, 2022.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura